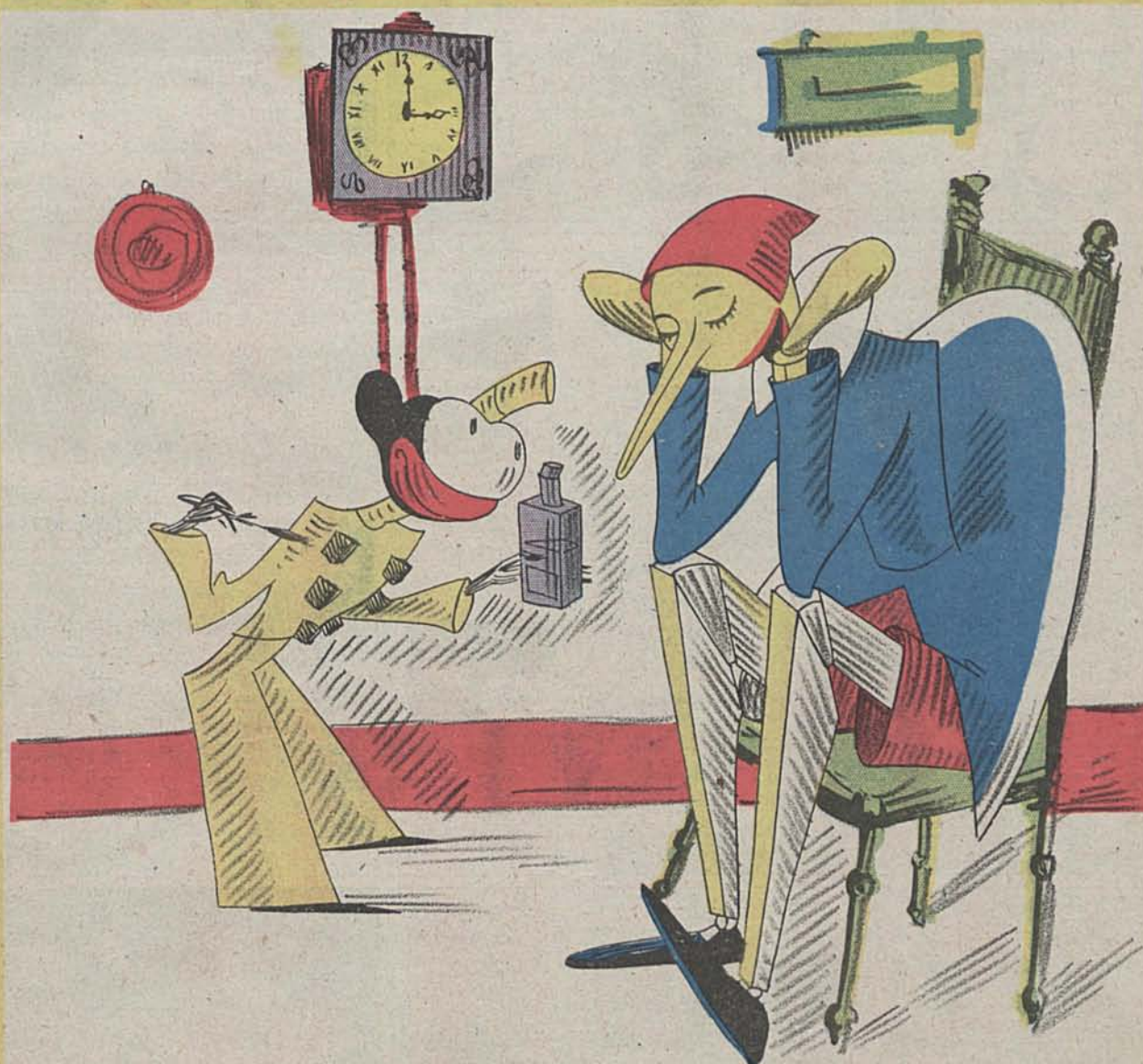


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 268

25 cts

6. ABRIL
1930



— ¡VAMOS PINOCHO; DESPIERTA, QUE TIENES QUE TOMAR LA MEDICINA CONTRA EL INSOMNIO!

Piñochito

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

titular del Banco y poseedor del mayor número de acciones de la sociedad gerente,

estableció años atrás un pequeño despacho de banca y cambio en la calle de Halery.

«Cuatro años hace, asociado a algunos fuertes capitalistas que habían olfateado en él un singular temple de gran especulador, transportó sus oficinas a un más amplio local en la calle Vivienne; y dos años más tarde, cuando la Sociedad se transformó en una Anónima por acciones, pasó definitivamente al suntuoso palacio construido ex-profeso en la calle del 4 de septiembre.

«El Banco, además de las operaciones de préstamo, depósitos y cuentas corrientes, se había especializado en el depósito y comercio de sedas; tenía numerosas sucursales, no sólo en Francia sino también en los más importantes puertos del mundo, y su prosperidad era tal que no dejaba suponer en modo alguno el escándalo de hoy, que por eso aparece mucho más inexplicable. Es de notar que el gerente del Banco, señor Fayollet, está ausente de París de donde partió hace meses para una larga visita de inspección a sus numerosas filiales en el Extremo Oriente.

«Esta misma mañana se observó en Bolsa el inevitable contragolpe de la catástrofe. Las acciones del Banco bajaron precipitadamente, entre el pánico general, a 520, mientras ayer se cotizaban a 876, y se da por descontado que al cerrarse hoy las operaciones bajarán todavía algunos enteros.

«Prevéense, como es natural, numerosas

quiebras, se habla incluso de algún pequeño Banco puesto en peligro. También el mercado de la sedería sufrió fuertísimas oscilaciones como se verá en nuestro boletín corriente de la sexta página».

Dejé el periódico y traté de iniciar los comentarios; pero Franco volvió una de las hojas del diario, y me enseñó unas breves líneas entre los telegramas de última hora.

—Lea esto también—me dijo.

«Dos sensacionales arrestos en América.

»San Francisco, 18 de febrero.

»Por los agentes de la Policía internacional han sido detenidos esta noche en la estación ferroviaria de esta ciudad a dos franceses que se disponían a tomar el tren para Nueva York. Podemos asegurar que los detenidos son el señor don Jacobo Fayollet, banquero de París, y el comandante Gastón Armagnac, empleado en el Ministerio de Marina francés.

»Aquí no se conocen los motivos de las dos interesantes detenciones».

—¿Qué te parece?—me dijo el abogado frotándose las manos—. ¡Qué noticia!

Me quedé pensativo por breves instantes.

—Es un verdadero noticia—dije después—; sólo que me fastidian estas indiscreciones que vienen a quitar el sabor de primicia a las noticias que nosotros hemos averiguado, conquistando el derecho de darlas a conocer antes que nadie por medio de nuestros periódicos. En el fondo, se ha quitado a la cosa todo valor de novedad.

—Perdona, pero no pienso así. Las noticias publicadas ayer y hoy por los periódicos no son más que cabos sueltos. Dicen: «Ha muerto un compatriota nuestro en China dejando como heredero de todos sus bienes al Gobierno francés; ha legado, además, a un periodista de

París unos papeles relacionados con cierto proceso...» pero no se sabe cuál. Dicen también: «El Banco Fayollet ha cerrado sus puertas por orden de la autoridad; en América, en San Francisco, han sido arrestados el banquero Fayollet y el comandante Armagnac». Todo eso no es sino crónica, crónica de todos los días. Pero ¿quién piensa que entre el fallecido en China y sus documentos y los dos detenidos en América, hay alguna relación, hay un nexo, un lazo indisoluble, que está a pique de arrastrarlos a todos juntos, muertos y vivos, ante la justicia? Y esto es lo que tenemos que decir nosotros, y es lo que despertará curiosidad y estupor y lo que más interesará y apasionará al público. Lo que yo creo es que podríamos ya romper la reserva en que nos hemos encerrado los últimos meses, y referirlo todo en nuestros periódicos.

—Tienes razón. Menester es hablar antes de que hablen los otros. Hoy mismo diremos por telégrafo a nuestros colegas que pueden desde ahora divulgar nuestro secreto.

Así se hizo en seguida. Y casi al mismo tiempo *La Notizia*, *L'Actualité*, la *British Life*, la *Presse Universelle*, el *Kronzeitung*, y el *Australian Trade*, publicaron profusas descripciones de las azarosas vicisitudes que había experimentado un grupo de animosos periodistas para buscar y recuperar los documentos que iban a aclarar el misterioso hecho de Tolón y a rehabilitar ante la Justicia y ante el mundo al infeliz que durante nueve años venía siendo víctima inocente. El éxito de la revelación fué de los más clamorosos de que puede enorgullecerse el periodismo actual.

La relación de las aventuras en que cada uno de nosotros había figurado como protagonista, publicadas en el texto acelerado y por lo mismo más eficaz en que habían sido transmitidas sucesivamente al abogado Galiani, fueron reproducidas íntegramente en todos los grandes periódicos de Europa y América y suscitaron un interés rayano en locura. Mi nombre y el de los amigos se hicieron de la noche a la mañana célebres en todo el mundo, como el nombre de

los grandes exploradores polares y como el de los intrépidos héroes del aeroplano y el dirigible. Los amigos, además, habían creído un deber atribuirme el mérito de la empresa, exaltando su perfecta organización y sosteniendo que sin mi confianza en los vivos sentimientos de amistad de los colegas que había escogido como colaboradores y sin mi genial idea de dividir entre ellos los remotísimos campos de investigación, no se hubiera podido llegar a un resultado tan pronto y a un éxito tan completo. Sin nuestra intervención inmediata, efectivamente los adversarios habrían llegado a tiempo para hacer desaparecer los documentos comprometedores, sustrayéndose en tal forma para siempre al justo castigo que debía herirles; la revisión del proceso no se hubiera verificado nunca, y el infeliz D'Alimand hubiera acabado sus días en la infamia de la Colonia Penal sin posibilidad de rehabilitación. Todas estas alabanzas, no merecidas por mí sino en muy pequeña parte, me conquistaron un entusiasmo... internacional que duró algún tiempo.

Me hice el hombre del día. Los periódicos dominicales y las revistas publicaron por millones de ejemplares mi retrato y el de mis compañeros en unión de los de D'Alimand padre y D'Alimand hijo. Los cofrades americanos, siempre hiperbólicos en la manifestación de sus sentimientos, me llamaron nada menos que el *rey de los periodistas*, y bautizaron nuestra empresa como *¡el mayor éxito periodístico del siglo...!* Conviene observar que el siglo no tenía más que diez años, y que además no se tenía en cuenta, naturalmente, los futuros éxitos... americanos de los otros noventa años.

Pero la celebridad tiene sus inconvenientes, y yo tuve que sufrirlos. Por más de un mes fui víctima de ese moderno sistema de tortura civilizada llamado la *interviú*. Por coherencia con mi profesión no pude eximirme de él. Los compañeros venían en incesante peregrinación a mi casa, y no me fué posible dejar marchar a uno solo sin haberle contado para su periódico

(Continuará en el próximo número.)



COLORÍN Y SU PANDILLA



PERDIDA EN LAS SOLEDADES DEL AMAZONAS

por
E. Salgari

(Continuación)

condenados a morir de extenuación a orillas del río o en medio de la selva virgen.

—No nos podemos detener aquí—, les dijo la señora Godín—nuestra salvación está en la desembocadura de este río.

Con las armas de fuego que llevaban cazaron algunos animales salvajes y después de ahumar sus carnes construyeron una balsa y se lanzaron sobre ella al río confiados en Dios y en la energía de su compañera.

Pero su viaje sólo pudo durar algunos días: el río estaba interrumpido por cascadas y escollos que amenazaban a cada instante hacer pedazos su balsa y sepultarles entre sus aguas donde pronto serían

devorados por esos peces pequeños llamados *caribes*, verdaderos monstrecillos que pueblan en bandadas inmensas casi todos los ríos de América meridional. Espantados abandonaron la balsa y reanudaron la interminable marcha al través de la selva abriéndose con fatiga el paso por entre las lianas, las plantas espinosas y las raíces descomunales que yacen por el suelo como reptiles feroces.

El hambre invadió a los miembros de la caravana. Los bosques y selvas vírgenes del Nuevo Mundo, cosa extraña, no abundan en plantas fructíferas. Algunas suelen hallarse, más en estado silvestre, en los lugares que fueron habitados por aldeas de indios regidas por misioneros jesuitas, pero fuera de esos lugares, las grandes palmas, que constituyen las plan-

tas predominantes en aquellos bosques, son infructíferas.

Tampoco abundan los animales por aquellas cuencas del Amazonas, de modo que los pobres viajeros, desmayados en aquella soledad se veían condenados irremisiblemente a una muerte lenta y horrible.

Algunas semanas después de haber abandonado la orilla del río estaban convertidos en verdaderos esqueletos. El hambre y la fiebre desgastaban rápidamente sus fuerzas.

Sólo la señora Godín resistía aun con una tenacidad increíble. Un día sus compañeros se negaron a seguirla.





Habían llegado a orillas de un río afluente del Amazonas.

El lugar estaba desierto: un silencio pavoroso reinaba en sus bosques vecinos. Ni indios ni animales ni pájaros habitaban aquella región malsana y maldita.

En vano intentaba la señora Godín infundir valor entre sus compañeros de expedición. Díjoles que una parada larga en aquellos parajes podría ser fatal para todos.

Pero en vano, sus palabras no fueron atendidas. Sus amigos se tendieron en el suelo extenuados de hambre y de fiebre.

¡Dos días después todos habían muerto!

La señora Godín no perdió esta vez tampoco su energía. Tomó un par de zapatos de uno de los difuntos, se armó con un fusil y emprendió sola la marcha por las inmensas llanuras que bañan los afluentes del Amazonas.

¿Adónde va? Ella misma lo ignora: pero no se detiene decidida a llegar a ver de nuevo las playas del Atlántico.

Es preciso que os la figuréis sola, sin esperanza alguna de socorro, expuesta a los asaltos de las bestias feroces en medio de aquellas extensas selvas vírgenes.

Ella sin embargo continuaba su marcha interminable pasando de bosque en bosque, de llanura en llanura, de un pantano a otro pantano y de un río a otro río.

Vivía comiendo raíces y frutas silvestres no desdeñando ni aun los mismos lagartos y serpientes de agua cuando el hambre le devoraba las entrañas.

Durante la noche, para sustraerse a los ataques de los cuguardos y jaguares que la acechaban de continuo para nutrirse con sus carnes, se acurrucaba entre varias fogatas que encendía; ¡pero qué noches más angustiosas! En las lagunas y pantanos oía el sonido de las formidables mandíbulas de los caimanes entrechocándose una contra otra como si ya paladeasen el cuerpo de la desgraciada mujer: en medio de los bosques oía los aullidos de los lobos rojos del Brasil y otros que eran más terribles aún, los de los tigres

americanos. De ellos sufrió varios ataques, mas se defendió con el valor digno de un hombre.

Durante tres meses interminables aquella mujer anduvo errante a lo largo de la ribera del río gigante, medio desnuda, descalza, llena de heridas, dolorida por el hambre. Sentía que se le acercaban las hienas; pero la señora Godín sostenida solamente por una energía increíble seguía vagando por aquellas inmensas selvas quizá tan antiguas como la creación del Mundo y se orientaba con una pequeña brújula que por fortuna nunca había abandonado, abriéndose paso fatigosamente por entre aquella vegetación que parecía cercarla y sofocarla.

Un día, sin embargo, las fuerzas le traicionaron y cayó al suelo impotente ya para dar un paso más hacia adelante. Hacía dos días que no había probado bocado y en el lugar donde cayera no oía siquiera

(Continuará en el próximo número).



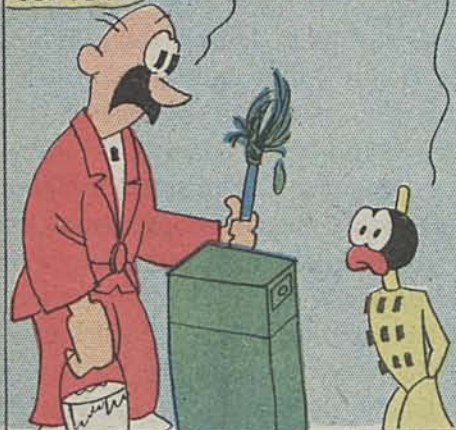


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



¡HAY QUE VER! ¡HA PINTADO LA MESITA DE NOCHE QUE ES UNA MARAVILLA!

Y YA VES; TOTAL CON UNA ESCOBYA Y UN CUBO DE CAL



VAMOS A COMPRAR PINCELES Y PINTURAS PORQUE ME VOY A DEDICAR A LA PINTURA SERIA

Y A UN SERVIDOR, COMO NO SABE PINTAR LE COMPRA USTED DICCITO DE TORRAOS



VOY A PINTAR UN RETRATO QUE VA A DAR EL GOLPE. ¿A TI, COMO TE GUSTARÁ QUE TE PINTE? ¿DE PIE O SENTADO?

A MI ME GUSTARÍA TUMBADO EN UNA CHAISE LONGUE Y COMIENDO TORRAOS PERO USTED SE HACE EL SUECO



OIGA ¿FALTA MUCHO, MAESTRO? HACE SIETE HORAS JUSTAS QUE ESTOY EN ESTA POSITURA

ES QUE TU NO SABES LO COMPLICADISIMO QUE ES TU GORRITO. PERO VA A SALIR HABLANDO



¿QUÉ TE PARECE EL RETRATITO?

ESO LO HAGO YO TAMBIEN. UN RETRATO SIN CABEZA LO PINTA CUALQUIERA



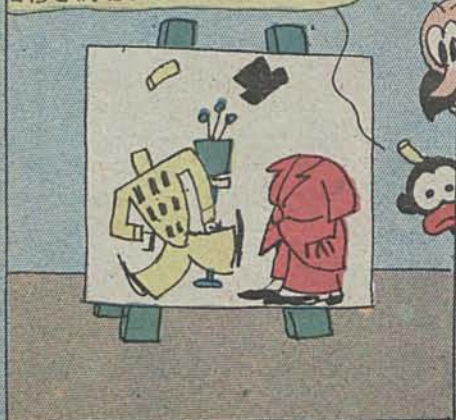
¡NO SE MUEVA, HOMBRE! ¡NO TENGA USTED MALA IDEA!

PUES DILE A ESA MOSCA QUE NO ME HAGA COSQUILLAS EN LA NARIZ



OYE, CURRINCHE ¿QUÉ DICEN LOS PINCHISTAS DE NUESTRO RETRATO?

ESE QUE ESTÁ MIRANDO DICE QUE LAS CARAS NO SE PARECEN



ESTO SE ARREGLA EN SEGUIDA. CURRINCHE. SE METER LA PATA POR EL CUADRO Y SE SACA LA CABEZA POR EL AGUJERO

¿QUÉ PINTORAZO ES USTED DON TURU!



¡AHORA SI QUE VAMOS A DAR EL GOLPE CON EL RETRATITO!

YO CREO QUE EL GOLPE NOS LO VAN A DAR A NOSOTROS. YA VEREMOS, YA VEREMOS



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¡VOY A HACER
GOAL EN LA
VENTANA ESA!

¡NO ME DES
UN PUNTAPIÉ
EN LA MANO!

¡POM!

¡PAT!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





CUENTOS DE CALLEJA

COsas DE MI ABUELO

Castilla



El ruido de tambores y trompetas hizo a Rafaelito que se asomara al balcón para ver desfilar un regimiento de infantería. Lo vistoso del uniforme y la música teníanle embecido.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó.

—En efecto—dijo el abuelito—. Ven conmigo: voy a ver si consigo que saques de la contemplación de los soldados una enseñanza provechosa. El ejército representa la fuerza puesta al servicio de la nación, encargada de hacer cumplir en ella la ley, de defendernos de cualquier agresión extranjera. Pero probablemente tú ignoras qué cosas sean nación, ley y otra porción de palabras que indican algo que todos debemos conocer. Voy a hacer una pequeña disertación que te explique con entera claridad todos estos puntos. Oye, pues. El hombre es un ser eminentemente sociable; es decir, que, desde que salió de manos de Dios, siempre ha querido vivir en unión de los demás de su especie.

—Bueno; pero eso es el hombre; ¿y la mujer?—objetó Rafaelito.

—Cuando se habla del hombre en términos generales, se comprende a los dos sexos. Adán y Eva formaron la primera sociedad, base de todas las sociedades. Esa sociedad es la familia. El padre, la madre y los hijos, tales son sus elementos; y es tan conforme con la humana naturaleza, que como obra de Dios, nada ha podido hacerla desaparecer. El padre era el jefe absoluto de la familia, hasta el punto de tener derecho de vida y muerte sobre su esposa, sus hijos, criados y esclavos. Cuanto ganaran todos por su trabajo, por herencia, etc., todo era administrado por el *pater familias*, como se le llamaba en Roma.

—¿Y vivían solas esas familias, abuelito?

—Al principio, claro está que las relaciones entre unas y otras no serían muy íntimas, pues la ocupación primera, que fué el pastoreo, llevaría a cada familia a distintos sitios para apacentar sus rebaños. Pero bien pronto la mutua conveniencia hizo unirse a varias familias para la vida en común.

—¿Y qué es eso de la vida en común?

—Vivir juntos. Los jefes de las familias eligieron uno que fuese el que los dirigiera a todos, y ya tienes cómo se formó la tribu. El jefe de ésta se llamaba *patriarca*. Del pastoreo se pasó, sin duda, a la labranza de los campos, lo cual representaba una quietud muy diferente del trabajo primero, tan movable como el ganado que busca sus pastos. A las tiendas de campaña portátiles sustituyeron chozas primero, y casas de tierra y ladrillo después; y he aquí formada la ciudad, a cuya formación cooperaban varias tribus. Ya hemos llegado, por

tanto, al tercer grado de la sociedad humana. Elegíase para gobernar la ciudad una persona entre los jefes de tribu y los padres de familia, y ésta era la que, durante un tiempo determinado, ejercía el mando supremo. Hasta entonces sólo existía el derecho privado; pero desde aquel momento nació el derecho público.

—Bueno, abuelito; ¿y qué es eso de derecho privado y derecho público?

—Derecho es facultad de hacer o no hacer algo. Por ejemplo: Yo tengo derecho de que respeten mis viñas; y, además, el de pasearme cuando me dé la gana. Pues bien, todo derecho tiene como consecuencia un *deber*. Yo tengo, entre otros, el de respetar la propiedad de los demás, por lo mismo que ellos respetan la mía; y, además, el de no obligar a nadie a que haga

lo que no sea debido. Por eso, al constituirse la ciudad, además de la justicia que el padre de familia podía ejercer en su casa para castigar las faltas de sus hijos, crearon tribunales que juzgaran y castigarán los delitos contra los ciudadanos. Para defenderse, en el caso de agresión, los ciudadanos formaron ejército y levantaron murallas. El jefe de aquel ejército solía ser el mismo jefe de la ciudad. Y esta ciudad tenía un Senado, que era una reunión de padres de familia o de jefes de tribu, encargado de redactar las leyes, y unos tribunales encargados de juzgar a los ciudadanos. De la aplicación repetida de los mismos castigos a faltas idénticas nacieron las leyes penales que hoy en cada nación forman un Código, y de los fallos repetidos en pleitos semejantes nacieron algunas





leyes civiles. De la ciudad, que es, como la familia, un estado pequeño, pasó el hombre a constituir la nación.

—Bueno, abuelito; y ¿qué es la nación?

—Es un territorio, más o menos extenso, en el cual existen varias ciudades, y cuyos habitantes reconocen la soberanía de un gobierno central, que debe ser igual para todos.

«Conquistada casi toda Europa, los bárbaros repartieron entre sus generales las tierras dominadas, creando cargos de condes y duques, que ejercían en cada región el poder en nombre del Monarca; algo así como nuestros actuales capitanes generales y gobernadores civiles, pero dominando en ellos el carácter militar. Por último, llegó a ser hereditario ese poder, y cada señor era dueño absoluto de sus tierras, castillos y pueblos, sin más que pagar al Rey algunos tributos y tener la obligación de acompañarle en la guerra con un número de hombres determinado. A tanto llegó la independencia de los nobles, que los Reyes se vieron en la imprescindible necesidad de quitarles muchos de sus fueros.

—Abuelito, y ¿qué es eso de formas de gobierno?

—Llábase forma de gobierno el modo especial que cada nación tiene de ejercer el poder soberano. Cuando este poder reside en una sola persona que ejerce el mando según las leyes, se llama Monarquía; y si lo ejerce uno del pueblo, por elección, con el nombre de Presidente, se llama República.

—¿Y los dictadores?

—También ejercen el poder a su albedrío. Es un gobierno de hecho; es decir, se trata de una persona que se ha impuesto a las demás; pero las dictaduras duran poco.

—Pero, abuelito, nada me has dicho de los Emperadores.

—Es verdad. Emperador es hoy un título meramente honorífico, pero que revela en quien lo lleva una tendencia militar. La palabra Emperador viene de la latina *Imperator*, que signi-

fica general, y se aplicó a Octavio Augusto, porque no quiso tomar el título de *Rex* (Rey), que desagradaba al pueblo.

—¿Qué es gobierno representativo?

—Aquel en el que el poder reside en las Cortes con el Rey, y los diputados y senadores representan el poder soberano de la nación, y por esto cada ciudad o cada porción de territorio elige sus representantes para

que voten las leyes que hayan de regir el país y el Rey las sanciona. El alcalde es el jefe local elegido por los concejales o nombrado por el Gobierno, y los concejales son, a su vez, elegidos por el pueblo. Los alcaldes dependen de los gobernadores, y por medio de éstos enlazan con el Gobierno central.

—A todo esto, le he oído hablar a usted de Nación y Estado, ¿son dos cosas distintas?

—Sí: la Nación la formamos todos y todo, las personas y el territorio; pero el Estado es el personal organizado para realizar el derecho. Los que no ejercemos función alguna ejecutiva, legislativa ni judicial, no pertenecemos al Estado.

»Por último, hijo mío, hay dos grupos de gente que piden reformas absurdas de la sociedad actual: son los socialistas y los anarquistas. Quieren los primeros que el Estado sea el único propietario y patrono del taller y dé trabajo a todo el mundo, fijando en ocho las horas de labor y dando a todos igual retribución. Quieren los anarquistas acabar con la nación, la tribu y la familia; que todo sea de todos y que cada cual haga lo que quiera. Este disparate está condensado en un proyecto de decreto atribuido a los comunistas de París:

»Artículo 1.º Ya no hay nada.

»Art. 2.º Nadie queda encargado de cumplir este decreto.»

»Tales sistemas son desvaríos que han ido adquiriendo prosélitos entre gente ilusa, que no sabe que lo que le ofrecen es un imposible.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



- Dime, curiosísimo Chonón, ¿de qué vamos a hablar hoy?
- No he pensado en ningún tema, amigo buho. ¿Por qué no lo propones tú mismo?
- No tengo inconveniente, pero quisiera acertar con uno que despertase tu curiosidad.
- No te preocupes por eso. Cualquier charla escogida por tí ha de ser necesariamente interesante.
- ¿Has oído hablar del «rey de ratas»?
- Nunca. Y ya tienes a tu discípulo Chonón intrigado por saber qué es eso. Supongo que será un animalito ¿no es eso?
- Uno no, muchos juntos.
- Yo, a primera vista me había imaginado a este rey de ratas como una rata grande, adornada con su gran corona de oro a la cabeza, su cetro y su manto.
- Eso para un cuento no está mal, Chonón, pero el «rey de ratas» de que voy a hablarte no es personaje de leyenda. Existe en la realidad.
- Cuéntame, cuéntame.
- Cuando las ratas viven en absoluta libertad, por los campos, padecen con frecuencia una enfermedad extraordinariamente rara, que hace que las ratas que conviven en una misma madriguera, queden unidas por la cola.
- ¿Y qué tiene esto que ver con el rey de ratas?
- Es que al conjunto de ratas así unidas se le designa con ese nombre de rey de ratas, y en otros tiempos se las consideraba como un ser muy distinto de lo que en realidad es.
- Pero oye, querido buho, si se unen por la cola no podrán casi moverse, porque cada una querrá tirar hacia un lado.
- Así ocurre, y en tales casos necesitan para alimentarse el auxilio de los demás roedores de la familia. El fenómeno de quedar unidas por la cola creése que es debido a cierta exudación de aquel apéndice, exudación pegajosa al principio, muy adherente después y que acaba por fundir los rabos de los animalitos en una sola masa muy resistente.
- Entonces, un rey de ratas no es un solo animal sino el conjunto de muchas ratas.
- Exacto. En un museo de Historia Natural de Altemburgo se conserva un curioso ejemplar de rey de ratas, formado por veintisiete de estos animalitos. Por cierto que este ejemplar dió lugar a un proceso digno de conocerse. Ante un tribunal de Leipzig presentóse un molinero diciendo que en su molino había dado muerte a un rey de ratas formado por dieciséis roedores unidos estrechamente por las colas. Que un criado suyo le había pedido aquel ejemplar diciéndole que deseaba pintarlo y que después no se lo había devuelto. Como con él, decía el molinero, había ganado su criado mucho dinero, exhibiéndolo al público, solicitaba del tribunal que condenase al criado a devolverle el rey de ratas con todo el dinero ganado en exhibirlo y además que pagase las costas del proceso.
- Y tenía razón ¿no te parece?
- No del todo, según estimó el tribunal, pues si bien el dinero ganado con el curioso ejemplar pasó a manos del molinero, no así el rey de ratas, que por

orden de dicho tribunal fué enviado al Museo de Historia Natural de Altemburgo, fundándose esta desposesión en que el molinero causó un daño al interés científico dando muerte a un ejemplar tan raro y tan codiciado para su estudio.

—Lo que yo no acierto a explicarme es cómo permanecen quietas las ratas todo el tiempo que se necesitará para que se las peguen las colas.

—Pues no es difícil explicárselo, amigo Chonón. Durante los grandes fríos que reinan en los inviernos, estos animalitos buscan cobijo en sus madrigueras, se meten en ellas, se agazapan y se aprietan unas a otras para darse mutuo calor. En estas condiciones forman una masa compacta, orientándose todas sus cabecitas hacia el fondo de la madriguera por ser la parte más caliente de su refugio. Es natural que los rabos queden también dirigidos hacia la boca del escondrijo, mezclados, entrelazados unos con otros. Los mismos excrementos de las ratas ayudarán a estos rabos a unirse más, y como el frío es el determinante de la enfermedad, se explica con facilidad, que insensiblemente para las ratas se les vayan uniendo los rabos y que cuando pase el frío y aquella familia trate de salir al campo en busca de alimentos se encuentre con que la sujeción de los rabos les impide separarse entre sí. Y ya tenemos un nuevo «rey de ratas».

—¡Pobres animales! ¿No te parece que este aprisionamiento por los rabos será la causa de que a muchas de las ratas unidas les cueste la vida?

—Indudablemente. Como el alimento que a ellas llega por el auxilio de sus compañeras libres es poco en relación con el número de las que tienen que alimentarse, sucumben de hambre con mucha frecuencia.

El naturalista alemán Lenz cita otro curioso ejemplo de rey de ratas. En un pueblecito cercano a Gotha, se hallaban al mismo tiempo dos reyes de ratas. Tres mozos de una granja oyeron un chillido muy débil en un rincón del techo y después de varios días de busca, observaron que cierta viga estaba hueca. En la cavidad se hallaban cuarenta y dos ratas vivas, y seguramente ellas mismas habían hecho el agujero donde estaban cobijadas. Uno de los criados sacó las ratas, que no querían salir de su agujero.

—O no podrían ¿no te parece? porque si estaban fundidas por los rabos...

—También es verdad, Chononcito. Es más lógico suponer que no pudieran salir. Pero al fin salieron de la madriguera y los mozos vieron entonces con gran asombro que veintiocho de ellas estaban unidas por la cola, formando círculo alrededor del nudo, mientras que las otras catorce presentaban la misma disposición.

—¿Y todas estaban vivas?

—Todas, y daban muestras de estar muy hambrientas pues chillaban de continuo. Tenían todas el mismo tamaño y por él podía deducirse que habían nacido en la primavera última. Después que se las sacó de la cavidad de la viga, se les proporcionó abundante alimento, lo cual las tranquilizó mucho, hasta el punto de no mostrar la menor inquietud ante los muchos curiosos que acudían a la granja a contemplar el curiosísimo ejemplar. De allí pasaron a un Museo alemán donde también se las conserva disecadas.

—¿Entonces tú qué opinas del rey de ratas, como especie animal?

—Que no es tal especie, sino simplemente un conjunto de ratas que a causa de una singular enfermedad quedan unidas por los rabos.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un buzo
por David Muñoz



Carretera del Pontón
por Rosario Rodríguez



Personajes de mi periódico favorito
Ventura Moreno, 12 años



Ofelia
Inés Jaraquemaja



Anita
A. R. de la Rosa



Estrella
Pepita Alcázar



Mi tío Miguel
por Rodrigo Rodríguez



La cabrera
por J. Fernández



Tierna escena
por Secundina Salgado



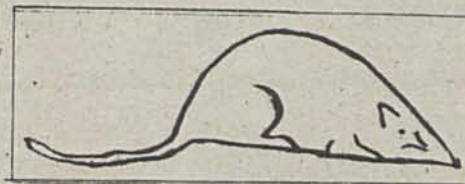
Modernismo
por Aurorita Carrasco



Un pueblecito por Nicolás de la Peña



Mi pastora
Inés Ruiz Dorado



El ratoncito Pérez por Antoñita Maqueda



Don Turulato
por Concha Colón



La reina de las espigas
por Ana María Fernández



Sta. Catalina
por Ramiro García



Mi perro.—Luis Brugada



En el campo por Salvador Pérez



Una valenciana
Juan Silló



Un vaquero
Rafael Uribe



El indio Hama en su choza
por Juan Verdesoto



Peña
Nicolás Menéndez



Una «nina» bien
por E. López Jordán



Mi barquilla
por Fernando Organvidez



Un avestruz y un pato



Pinocho triunfó
por Manuel Rojo

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

EL CIERVO SORDO

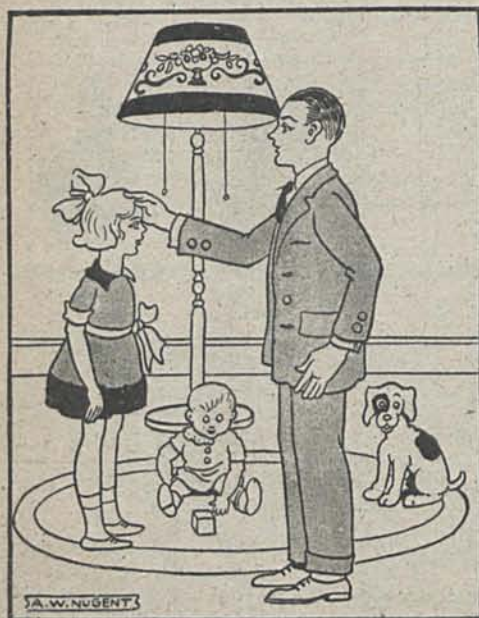


Una vez un ciervo sordo iba de paseo. Le vieron a lo lejos, un elefante, un rinoceronte y un hipopótamo, y se escondieron, pero dando gritos, unos gritos verdaderamente atronadores...

El ciervo, sin embargo, no les oyó y continuó su camino como si tal cosa... Tiene gracia el cuento ¿verdad?

¿Podéis indicar dónde están escondidos los tres bromistas?

DIBUJO CON ERRORES



Cuando un dibujante tiene una locura de esas de atar es disculpable que se equivoque al hacer un dibujo y que lo llene, materialmente, de errores... pero lo que no es disculpable de ninguna forma es que estos errores estén ocasionados, no por una locura, no, sino por una borrachera de esas que hacen época...

A mí mismo me da vergüenza contarlo.... Por ese motivo hay trece errores en este dibujo... ¿Podéis indicar cuáles son?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES 268
DE ABRIL

Envío del Pinochista D.

ANITA

BUEN-CORAZON





SECCIÓN PIRULA

Charlas de Pirula... bolsillera

CARTERAS Y BOLSILLOS TRENZADOS

En el salón del Prado
no se puede jugar
porque hay niños que gozan

Así reza la canción; pero Trinita asegura que los niños no estorban solamente en el salón de Prado, sino en todas partes.

Esto lo dice por su hermano Toñín. ¡Ah! no es que Trinidad no quiera a su hermano—¿quién va a suponer semejante atrocidad tratándose de una Pirulinda?—por el contrario, le quiere mucho, pero en más de una ocasión no puede menos de decir que

más vale que le dieran
un huevo y a acostar.

Y es que el tal Don Toñín ¡tiene unos humos! ¡No parece sino que él es todo un caballero mayor y su hermana una nena chiquitina! Total para veintiocho meses que la lleva! (Por nada del mundo consentiría Trinita en que se dijera que Toñín la lleva dos años y pico).

Pero los humos de Toñín no son por la edad sino porque él tiene el alto honor de haber nacido «hombre» y mira con desdén a la infeliz de su hermana que padece la desgracia de no ser más que una mujer.

Muy ofendida por este desprecio Trinita ha buscado sus causas. «Vamos a ver—se pregunta—¿qué superioridad tiene él sobre mí?» Ninguna, en efecto; porque ¿acaso es más bonito silbar como hace Toñín que tararear como hace ella

cuando está contenta, lo cual le suele suceder durante catorce horas todos los días? (las otras diez no tararea porque duerme).

O es que es más admirable jugar al peón o darle patadas a un balón que hacer comiditas, acunar a la hija de una o confeccionar labores?

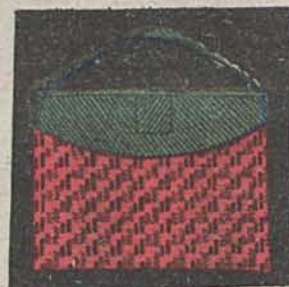
Sin contar que las niñas saben silbar tan bien como los niños (saben pero no silban si están bien educadas, claro está) y jugar al fútbol e interesarse por los partidos de los grandes equipos.

No, no es por ahí; y Trinita ha acabado por descubrir que la verdadera superioridad de su hermano y de todos los chicos en general sobre todas las chicas y sobre ella en particular, consiste en... sus bolsillos.

Eso de pasearse con las manos metidas en los bolsillos del pantalón es algo que le da a uno mucha importancia; y eso de poder sacar de los bolsillos corchos, trozos de bramante, clavos, bolas de cristal multicolor, argollitas de los visillos, tubitos de metal que fueron estuches de termómetro, avellanas y otras muchas maravillas, debe de ser verdaderamente muy divertido.

Con qué envidia y con qué respeto considera Trinita los diversos bolsillos de que dispone su hermano, ella que solo tiene dos en su abrigo de lana y uno chiquitín en su vestido de camisero (los de los delantales no cuentan)

con venir a estorbar
Mas vale que les dieran
un huevo y a acostar.



y esos como si no los tuviera puesto que mamá le tiene prohibido que meta en ellos ni el pañuelo por no deformarlos.

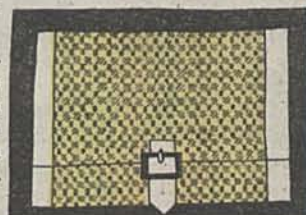
Pero en fin, para todo hay una compensación; bien puede Trinita, y las demás niñas y las señoras también, resignarse a no utilizar bolsillos en sus prendas de vestir, puesto que en cambio tienen el bolsillo de mano, que tanto nos gusta a todas y que sería tan práctico como bonito si no fuese de mano, precisamente, porque por serlo se deja olvidado en todas partes.

Hay una manera infalible para que vuestro o vuestros bolsillos os gusten doblemente: y consiste en fabricarlos vosotras mismas.

Precisamente están muy de moda ahora los bolsillos o carteras trenzados; en esta misma plana os presento algunos modelos que son relativamente fáciles de reproducir (relativamente, para las simples mortales; para las Pirulindas, son facilísimos).

Pueden hacerse con gruesas hebras de lana, para acompañar el traje o el abrigo de diario; o de rafia y resultan entonces más propios para el verano que para el invierno; o en tiras de cuero, y son muy elegantes, dignos de acompañar el trajecito de sastre, de tarde.

Para que el trenzado sea plano y regular, se tienden las hebras que van todas en un mismo sentido, sobre un cartón muy fuerte o, mejor aun sobre una tablilla; luego se pasa las que van en sentido contrario, siguiendo cuidadosamente el dibujo del modelo.



Los bolsillos o cartera de lana, pueden completarse con un trozo de tejido que iguale; los que están enteramente trenzados, se unen a los lados con un grueso festón de lana, cuero o rafia.

En cuanto al cierre, si se trata de una cartera, nada más sencillo que pegar un grueso automático; si es un bolsillo, lo más cómodo es el cierre de cremallera que se pega con toda facilidad.

Desde luego conviene rematar muy bien por dentro y forrar con seda. Todas estas labores me parece que le incumbirán a mamá; en cuanto al trenzado, que es cosa vuestra, resulta un juego casi tan divertido como un rompecabezas o un puzzle... y más útil.

